

# [ SERGIO ALGORA ]

## Las biografías «solapadas» de Sergio Algora

Carmen Andreu Gisbert

**h]** Hay a quien le gusta leer sólo lo consagrado por la crítica influyente, lo sancionado como correcto por la canonización universitaria, lo avalado por los volúmenes encuadernados de la Historia de la Literatura. Hay quien espera a que acaben de pasar las cosas para leer el resumen en el tomo correspondiente. Leer la obra viva de un escritor vivo es mucho más arriesgado y, desde luego, más problemático. Uno siente que no tiene nada a qué agarrarse: no hay casi bibliografía, escasa obra crítica y muy pocos datos. El lector se encuentra, felizmente, solo con la obra del autor. Nada más. Y nada menos.

Nunca está de más, sin embargo, ser cautos, sobre todo con la poesía. Conviene aproximarse al libro lentamente, cercarlo, ver los textos que lo rodean. A Sergio Algora, o al menos sus datos biográficos, nos lo encontramos en los textos breves de las solapas y las contraportadas de sus libros. Leemos allí una porción de datos, donde se acumulan, en progresión creciente, los libros y los discos, mezclados con confesiones más o menos pintorescas. Así sabemos que Sergio Algora nació en Zaragoza en 1969 y que ha publicado cinco libros de poemas: *Envolver en humo* (1994), *Paulus e Irene* (1998), *Otro rey, la misma reina* (2001), *Cielo ha muerto* (2002) –primer premio en el XIX Premio Santa Isabel de Aragón– y *Los versos dictados* (2003) –II Accésit en la I Edición del Premio de Poesía de la Delegación del Gobierno en Aragón–. Ha escrito también una obra de teatro, *La lengua del bosque* (2004), y una colección de relatos, *A los hombres de buena voluntad* (2006); además de editar doce discos con diferentes grupos –El Niño Gusano, Muy Poca Gente y La Costa Brava–.

¿Es esto lo que puedo decir? Mi voz es una afrenta. No puedo con ella. Mi cruz me adivina en la espesura terrible que da la claridad, la estúpida desnudez que precede al encuentro con la otra carne. Los símbolos agotados,

recipientes vacíos

en los que sólo encontramos el pestilente aroma de la fiesta pasada y que todavía mendigan sed en la mañana.

¿Es esto lo que puede decir esto?

No

me necesitas para decirlo. Yo no estoy escribiendo, ni pensando, ni viviendo ahora. Soy lo dictado, sedimento de una mirada única que me quema porque no me pertenece.

¿Quién me ha dejado conmigo? ¿Qué me ha abandonado en esta plenitud como se rechaza una victoria?

¿Quién me dio tanto amor para hacerme sentir ahora tan miserable, tan irremediamente solo?

Dioses pequeños

comidos por lobos, la gran verdad aprendida de memoria, la piedra angular sobre la que nada se construye, en el fondo del mar la llave del fondo del mar.

¿Es esto lo que digo cuando me lo dice el silencio?

La poesía de Algora es difícil, a qué negarlo. Un solo vistazo a cualquiera de sus poemas basta para constatarlo. Cuando se habla de ellos se utilizan adjetivos como «fulgurantes», «crípticos», «perturbadores», «crudos», «sanguíneos», o en feliz hallazgo de Ángel Gracia, «al(e)góricos». Sin embargo, sus poemas, aun en su dificultad, rara vez dejan indiferentes a los lectores. A aquellos que se atreven a transitar los versos de los poemas de Sergio Algora les espera una dura tarea no sin recompensa. Disfrutarán del deslumbramiento ante unos versos duros, pero bellos. Reflexionarán sobre los fundamentos de la vida, sobre los códigos del amor, del sexo y de la muerte. Las indagaciones del poeta en su propia identidad –a veces tan perdida, disuelta y confusa que quiebra la sintaxis hasta hacerse ininteligible– les servirán para aprender a reconocerse. Con suerte, descubrirán que la poesía no es cosa de pocos o que, al menos, ellos pertenecen a esa inmensa minoría.

He seleccionado un poema de su libro *Cielo ha muerto*. El libro incluye un texto del autor en la contraportada donde se nos informa de lo que espera de nosotros: «No espero mayor crédito ni atención que el que se le presta a un médium o a un ilusionista. Es posible que al abrir las páginas no veáis un solo verso. Pero lo que yo intenté es que al leerlos en voz alta no oyeráis nada. La muerte de Cielo tiene aquí dentro su silencio».

El texto parece atrapado en una paradoja: las palabras de los poemas son invisibles, inaudibles y contienen el silencio. La imposibilidad de la comunicación, la reflexión sobre los límites de la poesía, lastrada por los «símbolos agotados» y por la dificultad de encontrar la propia voz poética –“Soy lo dictado”– son algunos de los temas de este poema que aparece articulado, como todo el libro, entre la palabra y el silencio. ▀